

La vida y la muerte en *La tía Tula*¹

Introducción

La novela de Miguel de Unamuno *La tía Tula*, escrita en 1921, ha retenido nuestra atención. No sólo por la personalidad fascinante de Gertrudis sino por la profunda paradoja sobre la que está construida. La vida y la muerte se dan un abrazo vivífico-mortal².

1

Miguel de Unamuno, *La tía Tula*, Int. de José Carlos Mainer, ed. Alianza, Madrid, 1987.

- 2 La misma idea la hemos encontrado en *Amor y pedagogía*, tanto en el discurso de don Avito como en el de Apolodoro.

Don Avito: «¡La muerte?, ¡y qué es la muerte? Un fenómeno fisiológico, la cesación de la vida. ¡Y qué es la vida? el conjunto de las funciones que resisten a la muerte, un cambio entre las sustancias albuminoideas orgánicas y el exterior, la desoxidación del organismo (...) aunque el individuo haya muerto como tal, continúa la sustancia viviendo (...) La concentración es la muerte, la expansión la vida (...) No hay un momento preciso en que la vida cese para empezar la muerte; la muerte se desenvuelve de la vida (...) La muerte tiene su vida...», p. 119-120.

Apolodoro: «Un día va a dar al cementerio, a meditar allí, entre aquellas filas de nichos, y apenas se le ocurre cosa alguna. «Si no me quiere Clarita y no sé hacer cuentos, ¡para qué vivir? La Muerte lo mismo que el Amor le dice: «¡Haz hijos!» «La Muerte, ¡es distinta del Amor? Para la ameba, morir es reproducirse», p. 114; «Te dejo en el mundo de las sombras, me voy al de los bultos; quedas entre apariencias, en el seno de la única realidad perpetua *dormiré...* (...). Al engendrar al genio pierden conciencia sus padres ; sólo los que la pierden al amarse, los que como *en sueño* se aman, sin sombra de vigilia, engendran genios...», p. 132-133, Espasa, n° 141, Madrid, 1975.

La muerte, en esta novela, alecciona sobre el «sueño del ser» de la vida³ y ésta, sobre el «no ser del sueño» de aquélla, para desembocar en una rotunda afirmación de fe, en la vida eterna de la conciencia individual. Junto a esta primordial y fundamental paradoja, la muerte fuente de la vida, hemos encontrado, en el relato de Miguel de Unamuno, una multivisión teológica⁴, ética⁵, metafísica y, al mismo tiempo, dramática del Hombre -hombre-mujer⁶. En este universo filosófico-moral, hemos visto desfilar a los personajes, como

3 Ver *infra*, p. 43.

«Creo que conviene que visite la muerte nuestra casa, pues así nos despierta y nos enseña que sólo a la luz de ella se ve claro en la vida», Laureano Robles, *Epistolario inédito*, v. 1., Espasa Calpe, 1991, p. 50.

4

La tía Tula es una novela posterior a *El sentimiento trágico de la vida* por eso no es extraño que encontremos en ella ideas hechas carne, ya anunciadas y desarrolladas en el ensayo. Incluso podríamos afirmar que la novela es la ilustración del capítulo VII. Todos los ingredientes de éste se encuentran ampliamente desarrollados, representados, en *La tía Tula*: el amor, el dolor, la compasión y la personalidad. Por ejemplo el aspecto teológico de la fe y de la creencia en la inmortalidad del alma y del cuerpo. Después de citar un párrafo de *Autour d'un petit livre*, p. 211-212 de Loisy, Miguel de Unamuno añade el comentario siguiente: «Y así tiene que ser y así es en su lucha contra el modernismo de que fue Loisy doctor caudillo.

La lucha reciente contra el modernismo kantiano y fideísta es una lucha por la vida. ¿Puede acaso la vida, la vida que busca seguridad de la supervivencia tolerar que un Loisy, sacerdote católico, afirme que la resurrección del Salvador no es un hecho de orden histórico, demostrable y demostrado por el solo testimonio de la historia?», p. 81.

El personaje de Gertrudis en *La tía Tula*, transcribe muchas de las ideas expresadas en el capítulo VII, titulado «Amor, dolor, compasión y personalidad» casi en los mismos términos y frases. Por ejemplo, cuando Unamuno dice «El amor de la mujer, sobre todo, decía que es siempre en su fondo compasivo, es maternal. La mujer se rinde al amante porque le siente sufrir, con el deseo (...) La compasión es, pues, la esencia del amor espiritual humano, del amor que tiene conciencia de serlo, del amor que no es puramente animal, del amor, en fin, de una persona racional. El amor compadece y compadece más cuanto más ama», *op. cit.*, p. 130. Estas frases pueden compararse con : «-Pues sí es cierto; se empeñó, me hostigó, no me dejaba en paz, y acabó por darme lástima... », p. 53; «¡Y no tiene compasión de él? -Sí que la tengo. Y por eso le ayudo y le sostengo. Es como otro hijo mío. (...) Muchas veces tiene que casarse una mujer con un hombre por compasión, por no dejarle solo, por salvarle, por salvar su alma...», p. 72; «-Bueno, ¡hay que tener ánimo! pensad bien, bien, muy bien, lo que hayáis de hacer, pensadlo bien... que nunca tengáis que arrepentiros de haber hecho algo y menos de no haberlo hecho... Y si veis que el que queréis se ha caído a una laguna de fango y aunque sea un pozo negro, en un albañal, echaos a salvarle, aun a riesgo de ahogaros, echaos a salvarle..., que no se ahogue él allí... o ahogaos juntos... en el albañal!; servidle de remedio, sí de remedio...; (...) que la Virgen me perdone», *La tía Tula*, p. 120-121.

5 «Yo era como Eva, empeñada en conocer la ciencia del bien y del mal», *op. cit.*, p. 99.

6 Sí, los hombres son de carne y sangre y muy brutos; Sí, los hombres son mundos y las mujeres lunas; Sí, los hombres y mujeres son hermanos; pero ambos, y todos han nacido; es decir han venido al mundo marcados por la enfermedad del sufrimiento, la

si fuesen muñecos de conceptos, símbolos, mientras sentíamos la desgarradura de sus vivires.

muerte y el pecado «la culpa»: «los hombres y las mujeres somos hermanos», *La tía Tula*, *op. cit.*, p. 76; «¡Pero qué crees que son los hombres? -De carne y sangre y muy brutos», p. 57; «-Cada hombre es un mundo, Gertrudis. -Y cada mujer una luna», *Ibidem*, p. 84.

Los dramas vitales de Rosa, Ramiro, Gertrudis, Manuela..., explican y representan, en el teatro de la vida y del nacer-morir, la búsqueda del Santo Grial, de la eterna fuente, de la Virgen-Madre, de la vida de la conciencia y de la vida del ser entero. Empleando palabras de Miguel de Unamuno diríamos que *La tía Tula* es una búsqueda desgarrada de Dios, de la eternidad, a través de la personalidad viviente y compleja del hombre⁷.

Para tratar de dilucidar la problemática compleja y profunda que, a nuestro modo de ver, oculta *La tía Tula*, dividiremos este trabajo en dos partes que corresponden a la temática anunciada en el título: la vida y la muerte. En torno a estos dos temas, girarán otros como, la frecuencia del término «muerte», el sueño, la herencia, el renacer, la tentación, la fe. Escudriñaremos el texto, como lo hace Gertrudis con las muertes, para saber qué es la vida, afrontando la muerte. Este recorrido por la novela nos revelará, además, cómo el problema de la muerte, y su solución gracias a la fe, tiene su fuente en *El diario íntimo*.

I. La vida y la muerte

Dos grandes fuerzas, semejantes a dos poderosos torrentes, recorren, a nuestro modo de ver, el espacio novelesco de la *La tía Tula*: las fuerzas de vida y las fuerzas de muerte o, la sublimación⁸ de los instintos gracias a la fe, y la sexualidad⁹.

En el primer torrente, el de la vida, desembocan dos afluentes. El primero es la fuerza cegadora del instinto sexual reproductor que acarrea diferentes tipos de nacimientos: simbólicos, psicológicos y físicos -los cinco hijos de Ramiro-.

Entre los nacimientos simbólicos, la novela cita tres: el del Hijo, el del Padre¹⁰ y el de la Madre, es decir, la familia humana terrestre y carnal.

7 «Y el concepto de Dios, siempre redivivo, pues brota del eterno sentimiento de Dios en el hombre, ¿qué es sino la eterna protesta de la vida contra la razón, el nunca vencido instinto de personalización?, p. 135; «Si hay una Conciencia Universal y Suprema, yo soy una idea de ella, y ¿puede en ella apagarse del todo idea alguna? Después que yo haya muerto, Dios seguirí recordándose, y el ser yo por Dios recordado, el ser mi conciencia mantenida por la Conciencia Suprema, ¿no es acaso ser?», *Del sentimiento trágico de la vida*, Madrid, Espasa, 1976, p. 139.

8 Hablamos de sublimación refiriéndonos a Gertrudis quien sublima su instinto sexual y de maternidad física, para llegar a ser madre-espiritual (p. 54) y virgen, siguiendo los ejemplos de María y de Santa Teresa (p. 67; p. 61-62), in *La tía Tula*, op. cit..

9 A propósito de la sexualidad en la novela que comentamos, ver Carlos A. Loughurst, en la Introducción a *La tía Tula*, ed. Cátedra, Madrid, 1992.

10 Miguel de Unamuno distingue entre «hombre», «padre» y «marido» y entre «mujer», «madre» y «esposa», tanto en el plano vivencial físico como en el plano espiritual. «Padre de almas», p. 70; «padre y marido en carne y sangre», p. 71; ¡«Bah!, juramentos de

El nacimiento del Hijo hunde sus raíces en las regiones «del sueño del vientre maternal»¹¹ y llega al mundo de las sombras, preñado de la enfermedad mortal¹² de la muerte que el instinto, y la sexualidad le han inoculado -«el delito mayor del hombre el haber nacido»¹³-.

El nacimiento del Padre, se realiza en la persona de Ramiro, quien pasa, de ser «hombre» y de ser «bruto», según las palabras de Gertrudis, a ser «padre».

En fin, el nacimiento de la Mujer, se tipifica en Rosa, quien pasa de muchacha a Mujer¹⁴, a ser, a nacer Madre. Tanto el nacimiento de Rosa, a Madre carnal, como el del Hijo, son dolorosos: colocan a la madre al borde del «sueño», al borde de la muerte: «creí morirme, Tula»¹⁵. En este contexto, la vida conduce a la muerte o mejor, vive en la muerte¹⁶; los vivos son condenados a muerte ambulantes y el vivir, un vivir agónico, en sombras de instinto y bajo la tara del «pecado», la «culpa», la «mancha».

El segundo afluente del torrente de la vida, surge, en la novela, como una corriente impetuosa, de las aguas «claras», «puras», aguas de «luz» e intra-individuales, virginales, de Gertrudis. Son aguas vírgenes que acarrear, por vía femenina, según dice don Primitivo, la «sabiduría» y la herencia

hombres...», *Ibidem*, p. 58.

11 Ver en *La tía Tula* las páginas 110 y 111, cuando Caridad espera ya un niño.

12 «No se debe pensar en eso -se dice- si nos pusiéramos a cavilar en la muerte se haría imposible la vida. Hay que pensar en ello, porque siendo el principio del remedio conocer la enfermedad, y la muerte la enfermedad del hombre, conocerla es el principio de remediarla», *Diario íntimo*, Alianza, n° 283, Madrid, 1983, p. 70.

13 Hemos encontrado la referencia a Calderón en *San Manuel Bueno Mártir*, Alianza, Madrid, 1983, p. 63.

En la novela *Amor y pedagogía* encontramos la misma idea y casi con idénticas palabras: «Y la voz del demonio familiar: «Sí, no ha pecado, pero trae pecado, trae pecado original; el de haber nacido de amor, de enlace de instinto, de matrimonio inductivo...», *op. cit.*, p. 44.

En *El sentimiento trágico de la vida* tenemos unas páginas magistrales sobre esta cuestión, a saber, la tragedia de la vida, la tragedia del nacer y del amar. «Es el amor, lectores y hermanos míos, lo más trágico que en el mundo y en la vida hay; (...) Porque lo que perpetúan los amantes sobre la tierra es la carne de dolor, es el dolor, es la muerte. El amor es hermano, hijo y a la vez padre de la muerte, que es su hermana, su madre y su hija», *op. cit.*, p. 127 y 129.

14 La idea de que el nacimiento hace nacer tanto al hijo como a la mujer se encuentra ya en *Amor y pedagogía*, p. 40, «-¡Bah! -le dice Avito-, ha sido el trabajo de nacer. ¡O crees que tú lo has hecho todo y él nada?

-Yo le he dado a luz, ¡hombre!

-Y él te ha nacido, ¡mujer!

15 *La tía Tula*, *op. cit.*, p. 32.

16 «En medio de la vida estamos en la muerte...» in *Diario íntimo*, *op. cit.*, p. 161.

espiritual e inmortal de la familia. Muriendo a lo que en ella misma hay de instinto, sexualidad y pecado¹⁷, Gertrudis vive, y vive ya, eternamente.

Si el nacer a la vida terrestre equivale a morir; el morir como muere la tía Tula, equivale a nacer¹⁸.

Si la primera fuerza produce, como ya hemos apuntado, diferentes tipos de nacimientos anclados en la carne y la sangre, la segunda da a luz tres nacimientos según el espíritu, según las almas¹⁹ mediante la soledad, la renuncia a sí misma y la muerte al hombre viejo²⁰. Primero, el nacimiento de

17 En la novela todos sufren y pagan la deuda de su pecado. Ramiro: «Si, también Ramiro hizo su travesía, aunque a remos y de espaldas a la estrella que le marcaba rumbo, y sufrió, pero con noble sufrir, y pecó y purgó su pecado», p. 90; Gertrudis también se culpabiliza en dos ocasiones (hijos de mi pecado, p. 91). Primero por las «caídas de Ramiro y segundo por la muerte de Manuela a la que ella ha contribuido. «-Yo le hice desgraciado, padre, yo le hice caer dos veces ; una con mi hermana, otra vez con otra...

-¡Caer?

-¡Caer, sí! ¡Y fue por soberbia!

-No; fue por amor, por verdadero amor...

-Por amor propio, padre -y estalló a llorar», in *La tía Tula, op. cit.*, p. 105.

18 Miguel de Unamuno abordó la cuestión del renacer espiritual del hombre, de la vuelta a la infancia, en su *Diario íntimo* al comentar la entrevista entre Nicodemo y Jesús. En páginas que siguen a esa entrevista, el autor completa su pensamiento, asienta su fe y afirma que el hombre que lleva en sí «el embrión de la vida religiosa» comienza a llevar «por debajo y por dentro» de sí mismo la conciencia de «Dios en sí (ti) mismo» (p. 203-205). Vamos a transcribir el pasaje en el que comenta dicha entrevista ya que nos servirá de punto de apoyo para todo lo que se dice y se hace en *La tía Tula*. «Respondió Jesús y dijole : De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere otra vez no puede ver el reino de Dios.» ¡Nacer otra vez! Hacerse un nuevo hombre regenerándose en la penitencia, volviéndose niño y sencillo. (...) porque lo que es nacido de carne carne es y lo que nacido de Espíritu es espíritu. (...) Hay que renacer, renacer hijo de Dios, engendrados de Dios (Juan I, 12,13), *op. cit.*, p. 191.

Gertrudis, al renunciar a la maternidad carnal, endosó la función de la maternidad espiritual: «Considera que las mujeres en las largas generaciones de los pueblos, en tantos países, han sido acaso como las estrellas de los cielos, incontables, y que de una de ellas, de una humilde doncella hebrea, de María, se sirvió Dios para la obra de la redención.

Cuando el mayor anhelo de toda joven judía, su gloria y su honra, era poder ser madre del Mesías, María ofreció su virginidad, renunciando así al destino de toda doncella hebrea, al destino de gloria. Y por haber renunciado a ese destino, se lo condecio el Señor. Es el caso más hondo de hallarlo todo por renunciar a todo. Y así al anunciarle Gabriel su destino se humilla y canta al Señor al saludarle Israel.

María es la humanidad ascendiendo por la humildad y la obediencia a Dios. Por eso descendió a ella, en la humanidad que sube a lo divino, encarnó a Jesús, la Divinidad que desciende a lo humano», in *El diario íntimo*, p. 165.

Gertrudis que tuvo por modelo a María siguió el ejemplo de ésta y renunció, en favor de su hermana, a tener hijos. Por eso representa un eslabón eterno en la cadena de la familia inmortal.

Gertrudis a Virgen-Madre, según el modelo de la Virgen Santísima²¹, su abogada e intercesora. Segundo, el nacimiento milagroso de Manolita, heredera espiritual del espíritu de Gertrudis y guardadora de la tradición de la «sabiduría» familiar:

«Manolita se preparaba a ser el posible lazo entre cuatro probables familias venideras. Desde la muerte de la tía habíase revelado. Guardaba todo su saber, todo su espíritu... ella era la historia doméstica, por ella se continuaba la eternidad espiritual de la familia. Ella heredó el alma de ésta, espiritualizada en la tía.

¿Herencia? Se transmite por herencia en una colmena el espíritu de las abejas, la tradición abejil, el arte de la melificación y de la fábrica del panal, la *abejidad*, y no se transmite, sin embargo por la carne y por jugos de ella», *La tía Tula, op. cit.*, p. 123.

En fin, el tercer nacimiento es el de la Unidad familiar, del espíritu de la colmena, a través de la educación, a través de la «abejidad»²².

Miguel de Unamuno cita el tema de las abejas en varias ocasiones. Primero en la página 59 donde Gertrudis defiende a las abejas. En este pasaje, Gertrudis se enfrenta a Ramiro y establece la simbología, tanto de las abejas que hacen la miel y pican, como de la reina y los zánganos que transmiten la carne y los instintos brutos. Los zánganos son la imagen del hombre.

19 El parentesco con las ideas desarrolladas en *El Banquete* y con las tesis de Platón parecen evidentes. El concepto platónico del amor también está mencionado en *Amor y Pedagogía, op. cit.*, p. 86, «En abstracto, sí, El amor, amigo don Avito, no es nominalista, sino realista, no sube de lo concreto a lo abstracto, sino que baja de lo abstracto a lo concreto, es más platónico que aristotélico...».

20 «No el sobrehombre, el intra-hombre hay que buscar, porque no sobre nosotros, sino dentro de nosotros habita Dios», in *Diario íntimo, op. cit.*, p. 181.

21 «María es Eva antes del pecado, la humanidad tal como salió de manos del Creador, antes de que el mundo la hubiese corrompido, la humanidad ideal», *Diario íntimo, op. cit.*, p. 168.

«La devoción a la Virgen María es el mejor remedio de preservar la tierna religiosidad naciente...», *Ibidem*, p. 204.

22 El tema de las abejas, con su connotación de creación de vida nueva sin fecundación física, los zánganos y las reinas aparece ya, en *Amor y pedagogía*: «-La suerte de las futuras generaciones, digo...¿Sabes tú, Marina, cómo hacen las abejas su reina?», *Ibidem*, p. 32.

Después, en la página 123-124, es cuestión de herencia y de transmisión espiritual de la vida, del poder fecundante -vital-, de la virginidad. Al mismo tiempo se establece la ecuación: abejas=tías:

«La carnalidad se perpetúa por los zánganos y por las reinas, y ni los zánganos ni las reinas trabajaron nunca, no supieron ni fabricar panales, ni hacer miel, ni cuidar larvas, y no sabiéndolo, no pudieron transmitir ese saber, con su carne y sus jugos, a sus crías. **La tradición del arte de las abejas, de la fábrica del panal y el laboreo de la miel y la cera, es, pues, colateral** y no de transmisión de carne, **sino de espíritu, y débese a las tías, a las abejas que ni fecundan huevecillos ni los poseen.** Y todo eso lo sabía Manolita, a quien se lo había enseñado la tía, que desde muy joven paró su atención en la vida de las abejas y la estudió y meditó, y hasta soñó sobre ella. Y una de las frases de íntimo sentido, casi esotérico, que aprendió Manolita de la tía y que de vez en cuando aplicaba a sus hermanos, cuando dejaban muy al desnudo su masculinidad de instintos, era decirles: «¡Cállate zángano!» Y zángano tenía para ella como lo había tenido para la tía, un sentido de *largas* y profundas resonancias.»

La tercera cita del tema de las abejas surge en las páginas 128-130. La abeja tiene como función la de suavizar la vida y educar almas de niño y no sólo la de meterse monja. En determinados casos, la educación exigirá la corrección fraterna -«déjala a la abejita que pique»-:

«Y dime tú, hermanita, la abejita, ¿tú no has pensado nunca en meterte en un panal así, en una colmena?... -Se puede hacer miel y cera en el mundo.»

La respuesta de Manolita a su hermana es un eco de la respuesta de Gertrudis sobre la función social de las «tías» o «solteronas» o «abejas»:

«Una vez que oyó decir de una que se quedaba soltera, que quedaba para vestir santos, agregó : «¡0 para vestir almas de niños !», *Ibidem*, p. 59.

Si el primer torrente vital representa la cascada poderosa del instinto sexual, el segundo encarna la espiritualidad, la sublimación del instinto, el deber, el amor desinteresado, la educación de la voluntad, la pureza, la maternidad espiritual²³:

23 «Dedicaos a una vida virtuosa, a hacer obras de verdadera caridad, a ser bueno, realmente buenos, a ser buenos y no meramente a hacer el bien; dedicaos a acallar

«Y esto de los hijos de la carne hacía palpar de sagrado terror el tuétano de los huesos del alma de Gertrudis, que era toda maternidad, pero maternidad de espíritu», *La tía Tula, op. cit.*, p. 62.

Los textos en los que la cuestión de la pureza aparece son numerosos. A partir del momento en que su hermana Rosa se casa con Ramiro, la vida de Gertrudis es una lucha constante por permanecer pura, sin mancha de pecado, virgen. Nos limitaremos a dos citas:

«A las abejas no las toca nadie», *op. cit.*, p. 59.

«Alguna vez la criatura le vomitó sobre aquella cama, limpia siempre hasta entonces como una patena, y de pronto sintió Gertrudis la punzada de la mancha. Su pasión morbosa por la pureza, de que procedía su culto místico a la limpieza, **sufrió** entonces, y tuvo que esforzarse por dominarse. Comprendía, sí, que no cabe vivir sin mancharse y que aquella mancha era inocentísima, pero los cimientos de su espíritu se conmovían **dolorosamente** con ello», *Ibidem*, p. 100.

Tan poderoso es el imperio de este deseo de vida espiritual, y tan inflexible su yugo que, por momentos, Gertrudis aparece como la domeñadora y matriarca inflexible de la familia. Gertrudis no llega a soportar ni la idea de mal, ni la suciedad. Sólo ama la luz, lo que no mancha, porque el hombre estaba destinado al cielo y no a la tierra:

«Porque ella creía que no era al suelo, sino al cielo, a lo que había que mirar antes de plantar un retoño; no al mantillo de la tierra sino a las razas de lumbre que del sol le llegaran, y que crece mejor el arbolito que prende sobre una roca al solano dulce del mediodía, que no el que sobre un mantillo vicioso y graso se alza en la umbría. La luz era la pureza», *Ibidem*, p. 102-103.

Unamuno, en *La tía Tula*, define la vida terrestre como un sueño y sus personajes viven sus vidas soñando o entre nieblas y sombras.

Rosa sueña:

«Y era que la pobre Rosa vivía como en sueños, en un constante mareo, viéndolo todo como a través de una niebla», *Ibidem*, p. 41.

vuestras pasiones, a ahogar hasta los gérmenes de ellas, las malas ideas, las meras intenciones ; dedicaos a la virtud o pensad que habéis de dedicaros...», in *Diario íntimo, op. cit.*, p. 131.

Victor Bergasa

Manuela tenía «ojos de niebla» poblados de las «sombras» del hospicio donde pasó su infancia (p. 89).

Manolita dice que la tía había soñado incluso con las abejas. Gertrudis al finalizar su vida vive como en sueños. El autor subraya que la tía «soñaba y soñaba como nunca había soñado» (p. 109). Y una página después, añade que esta mujer lo «ve todo como empañado..., como en sueños». En fin, Gertrudis termina confesando que «se ha pasado la vida soñando...», (p. 141) y, cuando está al borde del océano sin orillas, quiere seguir soñando con el sueño de un nuevo nacimiento, de una nueva vida, eternamente:

«Y en esto, mientras soñaba así y como para guardar en su pecho este último ensueño y llevarlo como viático al seno de la madre tierra, la pobre Manolita cayó gravemente enferma», *Ibidem*, p. 111.

Gertrudis comienza a soñar cada vez más, con mayor frecuencia, con más profundidad, con mayor acuidad también, a medida que siente acercarse su hora de morir. A medida que su cuerpo se desmorona su sueño se generaliza y su alma revolotea entre dos orillas. Progresivamente, la tía, se va separando de la orilla del sueño de la tierra y va acercándose con suavidad, recorriendo un camino de bruma y sueño -«el zaguán de la eternidad»-, a otra orilla donde encontrar; el despertar eterno:

«Sufría frecuentes embaimientos, desmayos, y durante días enteros los veía todo como en niebla, como si fuese bruma y humo todo. Y soñaba ; soñaba como nunca había soñado. Soñaba lo que habría sido si Ramirín...», *Ibidem*, p. 109.

El sueño-vida de Gertrudis es como la palpación nebulosa, dolorosa -le dolían los tuétanos de los huesos y las cavernas del alma-, agónica, de una extra-vida que se presiente a través de la bruma:

«Yo no estoy ni viva ni muerta..., no he estado nunca ni viva ni muerta... ¿Qué ? ¿Qué dices tú ahí, Enriquín? Que estoy delirando...», *Ibidem*, p. 120.

Una extra-vida que es la verdadera vida pero a la que el hombre de carne, todo hombre, sólo puede acceder en «sueños» de purificación²⁴ y amor desinteresados.

En efecto, Gertrudis ha vivido soñando, pero soñando de luz, de pureza, de limpieza, de sencillez, de hermandad transmisible por «abejidad». Ha soñado de paz, de oración -sobre todo a la Virgen de la Soledad-, de amor; Gertrudis ha vivido muriendo a sí misma, se ha ido derritiendo para transmitir su propia vida en su derredor y, en particular, en Manolita a la que ha legado, por transmisión espiritual, su espíritu:

«Y se fue a ocultar sus lágrimas y a echarse a los pies de su imagen de la Virgen de la Soledad y a suplicarle : «¡Mi vida por la suya, Madre, mi vida por la suya! Siente que ya me voy, que me llaman mis muertos, y quiere irse conmigo; quiere arrimarse a mí, arropada por la tierra, allí abajo, donde no llega la luz, y que yo le preste no sé qué calor... ¡Mi vida por la suya, Madre, mi vida por la suya! Que no caiga tan pronto esa cortina de tierra de las tinieblas sobre esos ojos en que la luz no se quiebra, sobre esos ojos que dicen que son los míos, sobre esos ojos sin mancha que le di yo..., sí, yo...», *Ibidem*, p. 112.

Gertrudis, al vivir-muriendo a su yo, como recuerda Unamuno al comentar unas frases del Evangelio en su *Diario íntimo*, comienza a vivir místicamente, lo mismo que su santa preferida Santa Teresa, saliendo de la crisálida del sueño-vida a la adultez de la Vida. También, ha comenzado a vivir, como veremos más adelante, no sólo en la familia, en el recuerdo de los suyos, en el sueño, sino en la vida eterna y en la vida eterna ya desde aquí abajo²⁵.

24 «Tengo que humillarme aún más, rezar y rezar sin descanso, hasta arrancar de nuevo a Dios mi fe o abotargarme y perder conciencia. O imbécil o creyente, no quiero que sea mi mente mi tormento y que envenene mi vida la certeza de su fin y la obsesión de la nada. Vivía dormido, sin pensar en tales cosas, perdido en mis proyectos y mis estudios confiado en mi razón, como viven otros. Vivía alegre y animoso, sin pensar en la muerte más que como se piensa en una proposición científica y sin que su pensamiento me diera más frío ni calor que el que me da el de que el Sol se apagará un día. He vivido como viven los más de mis amigos, dejándome vivir y soñando en dejar algo y en aportar mi particilla a la obra del progreso. He vivido discutiendo de filosofía, arte y letras, y como si todo eso fuera eterno. He vivido como viven los que se llaman sanos de espíritu, fuertes de él, equilibrados y normales, considerando a la muerte como a una ley natural y necesaria condición de la vida. **Y he aquí que ahora no puedo vivir así y veo esos años de ánimo, de bríos, de lucha, de proyectos y de alegría como años de muerte espiritual y de sueño**», *Diario íntimo*, *op. cit.*, p. 126.

25 «En nuestra época de íntimo desasosiego y despertar del sentido religioso como Nicodemo el fariseo vamos a Jesús de noche a ocultas, cuando nadie nos ve, recatándonos y le

El caso de Gertrudis, que dice que todos han vivido soñando, incluso ella misma, nos introduce en el sentido metafísico de la vida.

Gertrudis piensa que la vida no nos permite ver ni conocer la verdad en toda su claridad²⁶. Como indica al final, los hombres no son ángeles y no tienen alas y, cuando las tienen, son de gallina y no pueden volar (p. 121).

Gertrudis tenía alas, pero se da cuenta de que sólo eran de gallina. Se da cuenta, al término de su vida, de que tampoco podía volar, no era un ángel. No obstante, a sus alas de gallina les puso, por encima, otras alas misteriosas, las de la fe y el amor y, con ellas, se elevó sobre los demás y luchó y vio entre brumas, y oyó aleteos de alas en el silencio²⁷. Pero lo que veía con su fe era como un sueño, como una bruma. Era como el germen de una nueva vida y no la vida en su completo desarrollo. La fe es para Gertrudis una luz, una luz de sueño, una luz que no suprime ni el sufrimiento ni la lucha contra la tentación, ni el trabajo, ni el paso amargo de la muerte ; su luz fue una luz de sombra. Veía como en sombras; como a través de una cortina, como en sueños, pero veía. Lo mismo que sabe, aunque ya no lo ve, que el pelo de Clarita es rubio (p. 110) porque sus ojos jóvenes se lo enseñaron, sabe también cosas, que nadie de la familia sabe, porque los ojos de la fe y la herencia espiritual se lo han enseñado (p. 18-19).

Así considerada, la vida terrestre de todo hombre es como un sueño, rápida, pasajera, semiconsciente o inconsciente, según los casos. Sólo en el corazón del hombre se encierra el germen del despertar y éste se realiza cuando los ojos espirituales del hombre se abren gracias a la fe²⁸.

Si la vida, para los personajes de la novela, es un sueño del cual es difícil despertar, la muerte, considerada como una etapa de la vida, la última, la más dura, también es un sueño.

decimos : «Maestro, sabemos que has venido de Dios por Maestro, porque nadie puede hacer estas señales que tú haces sino fuera Dios con él». De cierto, de cierto, te digo, que el que no naciere otra vez, no puede ver el reino de Dios» (...) Hay que renacer hijo de Dios, engendrados de Dios (...) Muertos a nuestros delitos y pecados recibimos la vida de Aquel que hinche todas las cosas, renaciendo no de simiente corruptible, sino incorruptible... (...) Hay que renacer, y renacer de agua y de Espíritu. El bautismo...», *Diario íntimo*, p. 190-1.

26 «A los que me preguntan que cuál es mi religión, les respondo: «Mi religión es buscar la verdad en la vida, y la vida en la verdad, aún a sabiendas de que no he de encontrarla mientras viva...», in *Del sentimiento trágico de la vida*, op. cit., p. 13.

27 «No ves que siento hasta el roce en el aire de las alas quietas de Manolita.», *La tía Tula*, op. cit., p. 120.

28 «Duermo, pero mi corazón vela, dice la Esposa del *Cantar de los Cantares*. Así ha pasado a mi alma en estos años, dormía, pero su corazón velaba y me la ha despertado», *Diario íntimo*, op. cit., p. 152.

Rosa, en el trance de dar a luz, pronuncia una de esas frases unamunianas que se muerden la cola. Cuando ya ha dado a luz, cuando ha traído al mundo una nueva vida, cuando sale del sueño casi mortal de su parto, Rosa cree que está soñando muerta -»me parece que sueño»- y, cuando cree que está muerta, sólo está soñando.

«Creí morirme, Tula. Aun ahora me parece que sueño muerta», *Ibidem*, p. 32.

De este modo, el sueño de la muerte es algo muy semejante al sueño profundo del sueño de la vida del que Unamuno habla en su diario²⁹. De la misma manera que se puede despertar del sueño de la vida por la fe, se despierta del sueño de la muerte, también por la fe.

II. La muerte

La muerte es La segunda fuerza trágica que forma la paradoja de *La tía Tula*.

A. Machado, rememorando unas coplas famosas, decía que todos los ríos van a parar a la mar, que es el morir. Y, en *La tía Tula*, todos los torrentes, excepto el de la fe, conducen al mar de la muerte. Muerte física -cambio del estado fisiológico-, o psicológica -cambio de la personalidad, ruptura, lucha, paso de algo que no se era a algo que se es y que se modificar;³⁰.

«¡Murió, aunque pareciese mentira, se murió (...) Tendida en el lecho que había sido campo de donde brotaron tres vidas, llegó a faltarle el habla y las fuerzas y cogida de la mano a la mano de su hombre, del padre de sus hijos, mirábale como el navegante, al ir a perderse en el mar sin orillas, mirar al lejano promontorio, lengua de la tierra nativa que se va desvaneciendo en la lontananza y junto al cielo; en los trances de ahogo miraban sus ojos desde el borde de la eternidad, a los ojos de Ramiro», *Ibidem*, p. 48-49.

29 «Tenemos la experiencia de la muerte si es que no hay otra vida, y esta experiencia es la del sueño profundo. Morir sería entonces dormir para siempre», *Diario íntimo, op. cit.*, p.151.

30 Esta idea ya aparece en el *Diario íntimo* en la página 41-42 de nuestra edición. Podría decirse que *La tía Tula* no hace sino desarrollar el razonamiento de las notas íntimas: «Una vida que es pura tiniebla, y muerte continua y disolución de siempre, siempre, siempre, siempre, siglos de siglos y más y más siglos».

La novela, que repetidas veces es tragedia, está poblada de cinco muertes físicas : don Primitivo, Rosa, Ramiro, Manuela, Gertrudis. Tantas muertes como nacimientos -los cinco hijos de Ramiro, tres con Rosa y dos con Manuela-. Ahora bien, a la hora de sacar un balance entre la fuerza de la vida y la fuerza de la muerte, al parecer tan equilibradas, Gertrudis se encuentra con que la muerte, todas las muertes, le aleccionan sobre el sentido de la vida y sobre la vida³¹ misma. La muerte da, filosóficamente hablando, la respuesta sobre el contenido del término vida, idea ya sostenida en *El diario íntimo*³². Analizando, por tanto, la muerte, en la novela, vemos qué se entiende por vida y por vida de hombre, vida de mujer.

1. La «muerte» en la escritura de M. de Unamuno

Miguel de Unamuno tuvo, según él mismo repite incansablemente, una obsesión: la muerte y su misterio³³. Pero no por el deseo mórbido de enfrascarse en su autodestrucción; no para acabar despreciando la vida, como Apolodoro en *Amor y pedagogía*; no para quedarse en un nihilismo reductor, destructor y corrosivo que le llevara a «pegarse» con todo y con todos, sino para amar, cada vez más, la vida³⁴ y el hombre, o el intra-hombre³⁵.

31 Ver las muertes de Ramiro y Manuela, in *La tía Tula*, *op. cit.*, p. 89. Ver para la cita entera la nota 54.

32 «No se debe pensar en eso -se dice- si nos pusiéramos a cavilar en la muerte se haría imposible la vida. Hay que pensar en ello, porque siendo el principio del remedio conocer la enfermedad, y la muerte la enfermedad del hombre, conocerla es el principio de remediarla», *Diario íntimo*, *op. cit.*, p. 71.

«Puesto que la muerte es el término natural de la vida, el camino natural de ésta es ir a aquélla, y su natural luz la luz de su fin. Sólo se comprende la vida a la luz de la muerte. Prepararse a morir es vivir naturalmente», *op. cit.*, p. 27.

33 «Esta constante preocupación de mi destino de ultratumba, del más allá de la muerte, esta obsesión de la nada mía ¿no es puro egoísmo?», *Diario íntimo*, p. 124.

34 «Hay que vivir, se dice, y se dice esto en el peor sentido. Sí, hay que vivir, pero hay que morir también. Y sobre todo hay que vivir muriendo para poder morir viviendo. Morir habemos. ¡Qué hermosa frase! Es a la vez «moriremos», esto es «morir-hemos, y «tenemos muerte» habemus mori o mortem.

Cuanto más se piensa en la muerte más serena calma se saca para la vida.

Vivir en muerte, he aquí el único modo que (sic) morir en la vida y en la vida eterna.», *ibid*, p. 91.

35 Ver nota 20.

«Por mucho tiempo me he preocupado de la redención del pobre obrero, del miserable, aunque siempre he creído que no era menos miserable el rico. (...) Hoy entiendo bien esto. Hace falta redimir a cada cual de la fuente de sus pecados», *Diario íntimo*, *op. cit.*, p. 103-3.

Como Miguel de Unamuno indica en las páginas de su *Diario íntimo*, y vuelve a repetir en *El sentimiento trágico de la vida*³⁶, la muerte es la enfermedad mortal del hombre y conocer el remedio de esta enfermedad es el cometido más fundamental de la vida³⁷.

Los documentos que mencionamos a continuación -*Diario íntimo*, *Correspondencia particular*, *Amor y pedagogía*, *El Sentimiento Trágico de la Vida*, *San Manuel Bueno...*-, muestran la constante preocupación por la muerte, la conciencia aguda de su propia muerte, la lección de vida que la muerte puede dar al hombre, la creencia en la supervivencia de la conciencia después de la muerte, la necesidad de morir al pecado, al hombre de carne, para resucitar hombre de espíritu y niño, en la fe.

En efecto, el tema de la muerte, que se transparenta en numerosos escritos públicos de Miguel de Unamuno es el desbordamiento de aguas profundas ya amansadas, en cierto modo, por la fe. Así, en su *Diario íntimo* (1897-1903), libro esencial si se quiere centrar convenientemente el asunto que nos ocupa, la cuestión de la muerte aparece innumerables veces, de forma obsesiva, rodeada de los temas de la vida, de la niñez, de la humildad, de la purificación, de la oración, la fe, la Virgen, etc. De estas páginas podríamos decir que la muerte las comienza y que la muerte, después de servir de meditación continua, las termina. En ellas se encuentra el germen, el embrión de algunas novelas como *La tía Tula* o, en todo caso, los temas que entran en numerosos escritos.

«Quiero consuelo en la vida y poder pensar serenamente en la muerte. Dame fe, Dios mío, que si logro fe en otra vida, es que la hay. ¡La muerte es un misterio? También el nacimiento lo es. ¡Cómo de los hombres salen hombres?

(...) Puesto que la muerte es el término natural de la vida, el camino natural de ésta es ir a aquélla, y su natural luz la luz de la muerte. Prepararse a morir es vivir naturalmente»³⁸.

36 «Porque lo que perpetúan los amantes sobre la tierra es la carne de dolor, es el dolor, es la muerte», *op. cit.*, p. 128.

37 «No se debe pensar en eso -se dice- si nos pusiéramos a cavilar en la muerte se haría imposible la vida. Hay que pensar en ello, porque siendo el principio del remedio conocer la enfermedad, y la muerte la enfermedad del hombre, conocerla es el principio de remediarla», *op. cit.*, p. 70.

38 *Diario íntimo*, *op. cit.*, p. 26-27. Recordemos que las páginas de este diario íntimo que manejamos se terminan en 1902. Es decir, que recogen las reflexiones y luchas del autor, en los años de su crisis religiosa.

Miguel de Unamuno no sólo menciona la muerte en los títulos de sus obras o de sus artículos -*La agonía del cristianismo*, «*Muera don Quijote*»³⁹ sino que emplea el término en numerosas ocasiones y surge abundante, en su Correspondencia.

Dolor, purificación, vuelta a la niñez, necesidad de la muerte como pedagoga de la vida, fe en la supervivencia del yo individual más allá del sueño de la vida... Todo eso decía Unamuno a su amigo Mario, y todo eso volvemos a encontrar en *La tía Tula* unos años más tarde.

«Carta a Mario Sagarduy,
Salamanca, 29 de mayo de 1897,
«Creo que conviene que visite
asistido la muerte nuestra casa, pues así
creyó
nos despierta y nos enseña que
sólo a la luz de ella se ve claro
en la vida. Considera ahora que
has de seguirle un día y procura
hacerte digno de él y de su
compañía, niño como él.(...),
... tu dolor puede y debe ser
útil, y servir para purificarte»,
Epistolario, I, p, 50.

Y fue esta muerte, tan natural
la que más ahondó en el ánimo
de Gertrudis, que había
a otras tres ya. En ésta
sentir mejor el sentido del
enigma...», *La tía Tula*,
op. cit., p. 89.
Cerró los ojos del muerto...
y repasó sus vidas, que era
su vida...», *Ibidem*, p. 88.

Ese mismo año de 1897, Unamuno escribía a D. Rafael Altamira (X-21). En la carta, volvemos a encontrar no sólo el momento psicológico duro por el que ha pasado, sino la referencia concreta a la muerte y a su mensaje, junto con la necesidad del retorno a la «niñez espiritual» para encontrar la paz perdida⁴⁰.

Vivir es ir muriendo y morir, dirá Unamuno en 1905 refiriéndose a *La tía Tula*, es ya ¡resucitar ! :

39 Hacemos referencia al artículo publicado por Unamuno en VIDA NUEVA cuyo título era «Muera Don Quijote».

40 «La obsesión de la muerte y más que de la muerte del aniquilamiento de la conciencia me perseguía. Pasé noches horribles, de insomnios angustiosísimos... Empecé a ver con otros ojos mi propia casa y mis propios hijos y esa preocupación constante por el destino final propio me llevó a buscar alivio y calma donde pude hallarlo, en la vuelta a hábitos de mi niñez, en la resurrección de mi vida de niño», *Epistolario*, I, *op. cit.*, p. 51-52.

«Y ahora voy a ponerme a escribir el Tratado del amor de Dios a la vez que continúo mi novela **La tía**. Y luego otra cosa, y luego otra, y otra y luego... morir, es decir, resucitar»⁴¹.

Unos años más tarde -1909- cuando escribe a su paisano Juan Arzandun vuelve sobre el mismo tema de la muerte admitiendo, al fin, que él también se morirá, que no le quedará más remedio que morirse⁴².

Si recorremos, sin deseo de entrar en análisis profundos o detallados, con el único objetivo de comprobar la constante temática de la muerte en algunas de sus novelas y ensayos, encontramos la misma machacona recurrencia temática.

En *Amor y Pedagogía* (1901), don Fulgencio da una lección patética sobre la muerte y la inmortalidad, sobre la herencia y la perpetuación del nombre, al pobre Apolodoro quien le escucha sin saber muy bien lo que oye⁴³.

En el *Sentimiento trágico de la vida* (1912), dos capítulos, «El hambre de la inmortalidad», cap. IIIj, y el Vj «La disolución racional», introducen la reflexión de la muerte a través de la búsqueda filosófica : razón y fe. El tema de la muerte reaparece en el capítulo VII, donde evoca las cuestiones del amor, del dolor, de la compasión y de la personalidad. En este capítulo, M. de Unamuno afirma que el amor físico es ya una muerte, engendra en la muerte y para la muerte⁴⁴, afirmación que se encuentra en la novela de *La tía Tula*.

41 *Epistolario*, I, *op. cit.*, p. 190.

42 «Y después de **muerto** yo -porque me voy convenciendo al fin de que he de **morirme** al cabo-...», *Ibidem*, *op. cit.*, p. 23.

43 «¿Sabes lo que es el erostratismo, Apolodoro? (...)

¿Sabes quién fue Eróstrato? Fue uno que quemó el templo de Júpiter para hacer imperecedero su nombre; así quemamos nuestra dicha para lograr nuestro nombre, un vano sonido, a la posteridad. ¡A la posteridad! Sí, Apolodoro (...) no creemos ya en la inmortalidad del alma y la muerte nos aterra, nos aterra a todos, a todos nos acongoja y amarga el corazón la perspectiva de la nada, del ultratumba, del vacío eterno. Comprendemos todo lo lúgubre, lo espantosamente lúgubre de esta fúnebre procesión de sombras que van de la nada a la nada, y que todo esto pasar como un sueño, como un sueño, Apolodoro, como un sueño, como sombra de un sueño, y que una noche te dormirás para no volver a despertar, nunca, nunca, nunca, y que ni tendrás el consuelo de saber lo que allí haya... Y los que te digan que esto no les importa nada, o mienten o son unos estúpidos unas almas de corcho, unos desgraciados que no viven, porque vivir es anhelar la vida eterna, Apolodoro. Y se irá todo este mundo y todas sus historias y se borrará el nombre de Eróstrato y nadie sabrá quien fue Homero, ni Napoleón, ni Cristo... (...). (...) Me llaman materialista. Sí, materialista, porque quiero una inmortalidad material, de bulto, de sustancia... Vivir yo, yo, yo, yo, yo... Pero haz hijos, Apolodoro, ¡haz hijos!», *op. cit.*, p. 108 a 111.

44 «Porque lo que perpetúan los hombres sobre la tierra es la carne de dolor, es el dolor, es la muerte», *op. cit.*, p. 128.

En *Niebla* (1914), como en *La tía Tula*, la muerte sustenta, según dice el Prólogo, el sentimiento trágico de la vida (p. 12). Y en efecto, a partir del capítulo XXX de la novela, Unamuno se libra a una reflexión angustiosa sobre la muerte y la existencia: Comedia, sueño, sombra, ser o no ser..., nacer para morir..., son cuestiones que llenan todas estas páginas.

Lo mismo ocurre con *San Manuel Bueno, mártir*, donde el autor habla de sueño, de muerte, de vida, de nacimiento, de fe con obras o de la fe hecha obras. La vida y la muerte, según anunciara ya en *El diario íntimo*, ratifica aquí, y confirma en *La tía Tula*, pueden curarse del sueño mortal por las obras, en fe, de la vida⁴⁵. Lo que escribe M. de Unamuno en el capítulo XXIV a propósito de su novela *San Manuel Bueno* ⁴⁶, podría aplicarse a todos los escritos del autor, incluido *La tía Tula*. La muerte es el punto clave de donde parte su reflexión filosófica, ética, teológica y moral, sobre la vida.

2. La muerte en *La tía Tula*.

La tía Tula, no sólo aborda ampliamente la cuestión de la muerte -muerte de don Primitivo, cap. V, muerte de Rosa, cap. VII, muerte de Ramiro, cap. XV, muerte de Manuela, cap. XVI, muerte de Gertrudis, cap. XXIII- sino que, además, va a ser una respuesta al interrogante implícito y angustioso del sentido de la vida, planteado en 1897 y que aquí, se ha transformado en un «susurro diabólico» y en un «mal pensamiento» que el autor -Gertrudis- aleja prontamente de su espíritu con la señal de la cruz:

«El mal pensamiento era que el susurro diabólico allá, en el fondo de las entrañas doloridas con el dolor de la partida, le decía: «¡Muñecos todos !», in *La tía Tula*, *op. cit.*, p. 118.

La novela tiene veinticinco capítulos. Pues bien, es mucho más rápido citar los capítulos en los que el término muerte o sus derivados, incluidos viudo o viudez, o viuda, no aparecen, que lo contrario. Sólo hay tres capítulos en los que la muerte no está presente: III, XI y XIV. En los demás, o hay una muerte o los muertos conviven con los vivos a través de la herencia física, psicológica, moral o espiritual.

45 «Vuelve a rezar por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte... Sí, al fin se cura el sueño..., y al fin se cura la vida..., al fin se acaba la cruz del nacimiento... Y como dijo Calderón, el hacer bien, y el engañar bien, ni aun en sueños se pierde...», *op. cit.*, p. 63.

46 «¡Que se parece mucho a otras obras que yo he escrito?», *op. cit.*, p. 80.

El verbo morir o su raíz -muerta, muerte, muera, morirme, moriste, morirse, me muero, murió, haberse muerto, habría muerto hubiese muerto, podía morir, ha muerto, se murieron, mortuorio, muerto, moribundo-, o irse; la imagen del sueño, los ojos de luto⁴⁷, el linaje, la herencia, el recuerdo constante de los muertos que habitan en los vivos, el cadáver, la mortaja, el lecho mortuorio, la cuna de la agonía, el mar sin orillas⁴⁸, el brocal de las eternas tinieblas⁴⁹, el zaguán de la eternidad, forman la tela de fondo, el lecho de la vida⁵⁰, el tejido novelesco, el humus del relato.

La muerte de don Primitivo es una muerte que desprende paz. La muerte de Rosa es angustiada. La de Ramiro, un combate, ya que «rindió el espíritu» (p. 87), como se dijo, también, de Jesús.

La muerte de Manuela es el reflejo de su vida. Muere como un animal doméstico que vivió medio muerto (p. 113)-, envuelto en las brumas de la sombra y del sueño.

«Y murió como había vivido, como una res sumisa y paciente, más bien como un enser», *Ibidem*, p. 89.

1. La muerte como explicación de la vida

La muerte, en esta novela de *La tía Tula* tiene varias funciones.

En primer lugar, explica la dualidad del individuo: cuerpo, alma. Después, concretiza con los ejemplos «vivientes» de sus personajes, el dolor que es el vivir humano. A continuación, muestra cómo la última etapa del vivir, la etapa del paso de la muerte, es también un dolor y despellejamiento físico, moral, psicológico y espiritual. Citaremos, a este respecto, uno de los pasajes donde se condensa no sólo la composición compleja del hombre, sino el doble dolor que supone la muerte : desgaste físico y ruptura de la persona:

47 Ver, p. 18, «ojazos de luto»; p. 24, «ojazos de luto»; p. 40, «Llenáronse los grandes ojazos, aquellos ojos de luto...», *op. cit.*. El luto y los ojos están acompañados por otros adjetivos como «serios, tristes, tenaces, graves, severos y...¡vivos!. Los ojos son la expresión de la muerte, pero están vivos, son la vida viviente y también la vida de los que se los transmitieron. Los ojos son una imagen ambivalente, paradógica.

48 Ver, *op. cit.*, p. 49.

49 Sería demasiado prolijo dar aquí, la lista completa de todos los términos y de todos los campos léxicos que mencionan la muerte directa o indirectamente. Este estudio léxico llenaría varias cuartillas.

50 Ver, *op. cit.*, p. 50.

«La tía Tula no podía ya más con el cuerpo. El alma le revoloteaba dentro de él, como pájaro en una jaula que se desvencija, a la que deja con el dolor de quien le desollan, pero ansiando volar por encima de las nubes, *op. cit.*, p. 115;

«¡Murió la tía Tula ? No, sino que empezó a vivir», *Ibidem*, p. 122.

La muerte, explica todas las vidas. Las de Don Primitivo, Rosa, Manuela, Ramiro y Gertrudis. Todas ellas fueron vidas de sueño.

La muerte de don Primitivo irradia «una entrañable paz» (p. 36), lo mismo que irradió su vida sencilla y espiritual. Meditando sobre ella, Gertrudis descubre lo que fue la vida de este hombre y lo que representó para las dos hermanas. Fue un «padre» espiritual para ellas. ¿l las educó con su vida sencilla y clara (p. 35) al culto espiritual de la Virgen⁵¹ y de los difuntos -padre, madre, abuela (p. 36)-. Don Primitivo fue padre de almas a las que preparó para el despertar de la otra Vida.

La muerte de Rosa llena la meditación densa e intensa que hace su marido en el capítulo VII. Ramiro descubre cómo fue su mujer, cómo fue él y qué fueron sus vidas, una vez que Rosa ha muerto. De hecho, el capítulo comienza de manera significativa con estas palabras:

«Ahora, ahora que se había quedado viudo, era cuando Ramiro sentía todo lo que sin él siquiera sospecharlo había querido a Rosa, su mujer», *Ibidem*, p. 45.

La muerte de su mujer le enseña que Rosa fue la imagen de la «rosa de la vida»⁵². Más. Que su amor había sido más fuerte que la muerte, que la había vencido; que gracias al amor, la vida y la muerte se reconcilian. Comprendió, en el amor, que el dolor era compatible con el goce y que de la unión de estos contrarios, nacía la vida y no la muerte únicamente. De este modo, el «nacer para morir o para sufrir, a causa de la culpa y del pecado, se resolvía, gracias al amor verdadero, en una vida nueva:

«Cuando la vio gozar, sufriendo al darle su primer hijo, es cuando comprendió cómo es el amor más fuerte que la vida y que la muerte y dominaba la discordia de éstas; cómo el amor hace morir a la vida y vivir a la muerte; cómo él vivía ahora la muerte de su Rosa y se moría en su

51 «En aquel rosario nos daba madre y en aquel rosario te enseñó a serlo...», *op. cit.*, p. 36.

52 Su mujer vivía con el corazón en la mano y extendía ésta en gesto de oferta, y con las entrañas espirituales al aire del mundo, entregada por entero al cuidado del momento, como viven las rosas del campo y las alondras del cielo», *op. cit.*, p. 45.

propia vida... (...) mientras Rosa, vencedora de la muerte y de la vida, sonreía con los domésticos ojos apacibles», *Ibidem*, p. 48.

La muerte de Ramiro explica dos vidas : la del propio Ramiro y la de Gertrudis. El capítulo XV es, pues, crucial. El abrazo⁵³ y beso antes de la muerte desvela lo que hubiese podido ocurrir en sus vidas. Ramiro confiesa a Gertrudis que siempre la amó y que si se casó con Rosa fue porque Gertrudis le empujó, casi le obligó a elegir a su hermana.

Gertrudis, por su parte, pide perdón porque a veces, los santos hacen pecadores si tienen una concepción de la virtud demasiado inhumana. Después, añade que todo hombre, incluso él, le ha dado miedo siempre, que ha huido del hombre porque sólo veía en él al bruto.

La muerte de Manuela -cap. XVI-, encierra un mensaje de gran transcendencia. En efecto, explica no sólo la vida de sumisión de Manuela, sino también el Gran Enigma⁵⁴ de la vida pecadora del hombre, del Pecado original, el drama de Eva.

En primer lugar, Gertrudis comprende que Manuela no se ha muerto sino que la han matado. Comprende, igualmente, que ha tomado parte en esta muerte y que tiene parte de pecado en ello:

«En sus solitarias cavilaciones se decía: «Los otros se murieron ; ¡a ésta la han matado...!, ¡la han matado...!, **¡la hemos matado! ¡O la he matado yo más que nadie?** ¿No la he traído yo a este trance? ¿Pero es que la pobre ha vivido? ¿Es que pudo vivir? ¿Es que nació acaso? Si fue expósita, ¿no ha sido *exposición* su muerte? ¿No lo fue su casamiento? ¿No la hemos echado en el torno de la eternidad para que entre en el hospicio de la Gloria? ¿No serí allí hospiciana también?», *Ibidem*, p. 90.

Al no querer casarse con Ramiro, al tener una idea muy severa e inhumana de la santidad y preferir su pureza antes que compartir la «mancha» del pecado de la carne con Ramiro, precipitó a éste hacia Manuela.

Decíamos que la muerte de Manuela ilumina el gran dilema de Eva, es decir del pecado. Y, en efecto, Gertrudis lleva muy al fondo sus

53 «¡Tula gimió el enfermo abriendo los brazos. -¡Sí; Ramiro, sí! -exclamó ella cayendo en ellos y abrazándole. Juntaron las bocas y así estuvieron, sollozando.», *op. cit.*, p. 86.

54 «Y fue esta muerte, tan natural, la que más ahondó en el ánimo de Gertrudis, que había asistido a otras tres ya. En ésta creyó sentir mejor el sentido del enigma. Ni la de su tío, ni la de su hermana, ni la de Ramiro horadaron tan hondo el agujero que se iba abriendo en el centro de su alma. Era como si esta muerte confirmara las otras tres, como si las iluminara a la vez», *Ibidem*, p. 89.

Victor Bergasa

cavilaciones. ¿Stas le dicen que Manuela lo mismo que Eva, no tuvo madre. Que Manuela murió huérfana de humanidad maternal:

«Su tío, el buen sacerdote que las crió, cumplió su misión en este mundo, protegió con su presencia la crianza de ellas; su hermana Rosa logró su deseo y gozó y dejó los hijos que había querido tener; Ramiro...¿Ramiro? Sí, también Ramiro hizo su travesía, aunque a remo y de espaldas a la estrella que le marcaba rumbo, y sufrió, pero con noble sufrir, y pecó y purgó su pecado; pero, ¡y esta pobre que ni sufrió siquiera, que no pecó, sino que se pecó en ella, y murió huérfana!... «Huérfana también murió Eva...», pensaba Gertrudis. Y luego: «¡No; tuvo a Dios de padre! ¡Y madre? Eva no conoció madre... ¡Así se explica el pecado original!...¡Eva murió huérfana de humanidad!» Y Eva le trajo el recuerdo del relato del Génesis, que había leído poco antes, y cómo el Señor alentó por la nariz soplo de vida, y se imaginó que se la quitase por manera análoga...», *Ibidem*, p. 89-90.

La muerte de Gertrudis, que es un irse apagando, poco a poco, como la luz cansina de una vieja vela que se consume por dentro hasta su total disolución, completa su retrato psicológico, su evolución espiritual, su combate último, sus creencias. Da en definitiva, respuesta a la autenticidad de tal personaje y a su mensaje marcadamente positivo y vitalista.

Gertrudis comienza a sentir que «se derretía por dentro» (p. 109), a ver todo «como empañado y en sueños»; a querer llevarse a la tumba su «último sueño» (p. 111), el del nacimiento de «sus nietos»; a oír cómo la llaman sus muertos (p. 112).

A medida que su cuerpo se derrite y desmorona, a medida que su cuerpo muere, que se va yendo, siente con mayor fuerza el revoloteo del alma dentro de él. En estos momentos el cuerpo de Gertrudis sufre -»Esto es, hijos míos, la última fiebre, el principio del fuego del Purgatorio» (p. 119)-, al mismo tiempo se despierta en ella el deseo de vivir y de ver con claridad una vez que desaparezcan los dos sueños : el sueño de la vida y el sueño de la muerte :

«La tía Tula no podía ya más con su cuerpo. El alma le revoloteaba dentro de él, como un pájaro en una jaula que se desvencija, a la que deja con dolor de quien le desollan, pero ansiando volar por encima de las nubes(...) «Allá arriba, estando con ellos -soñaba-, sabré cómo es, y si es niño o

niña..., o los dos..., y lo sabré mejor que aquí, pues desde allí arriba se ve mejor y más limpio lo de aquí abajo», *Ibidem*, p. 115.

«Soñando muerta...» Sí, la vida, en esta novela, es un sueño y la muerte otro sueño.... La vida son tres sueños : el sueño del instinto (el pecado del instinto o la «ciencia del mal⁵⁵»), el sueño de la muerte y el sueño de la luz (la ciencia del bien⁵⁶). El despertar de estos tres sueños es vivir. Vivir que sólo se consigue, por obras de fe, después de la muerte.

La muerte es el final de esos sueños vitales y el nacimiento al acto de dormir. Ahora bien, esa dormición ¿es un dormir de nada eterna como parece sugerir el texto de *San Manuel Bueno Mártir*⁵⁷, o un dormir acompañado de las obras de luz, como nos dice Gertrudis ?

Como ya hemos apuntado más arriba, en la novela hay dos tipos de muerte, como había dos tipos de vida: la muerte fisiológica y la psicológica.

La muerte física, no es realmente una muerte sino un paso, un nacimiento a otro modo de vida. Primero, a una vida en los vivos gracias al recuerdo y a la herencia. ¿sta, puede ser fisiológica, moral y espiritual. Segundo, a un nacimiento a la vida de ultratumba conservando la conciencia individual.

Entre esta vida y la otra vida, está «la barrera de la muerte», «el abismo», «el mar sin orillas», el intra-nacimiento, «el despertar del sueño de la vida».

2. *La muerte es un nacimiento*⁵⁸

55 Ver en *La tía Tula*, *op. cit.*, p.:

-114, «Porque hay cosas que el saberlas mancha... Eso es el pecado original, y la Santísima Virgen Madre nació sin mancha de pecado original...

-pero yo he oído decir que lo sabía todo...

-No, no lo sabía todo ; no conocía la ciencia del mal... que es ciencia...».

-99, «Sí; ya me decía el pobre tío que yo era como Eva, empeñada en conocer la ciencia del bien del mal».

-94, «¡Cuando una no es remedio es animal doméstico, y la mayor parte de las veces ambas cosas a la vez ! ¡Estos hombres !... ¡O porquerías o poltronería! (...).

¡Pero quién enfrentaba a un pensamiento que mordía en el fruto de la ciencia del mal?».

56 «Despójate de lo humano para quedar con lo divino que en ti hay, para desnudar lo divino, y lo humano en ti es lo que crees y llamas *yo*. Por debajo y por dentro de tu conciencia de ti mismo está tu conciencia de Dios, de Dios en ti», *Diario íntimo*, *op. cit.*, p. 205.

57 «-No te aflijas, Angela, y sigue rezando por todos los pecadores, por todos los nacidos. Y que sueñen, que sueñen. ¡Qué ganas tengo de dormir, dormir, dormir, dormir sin fin, dormir por toda la eternidad y sin soñar!, ¡olvidando el sueño!», p. 65.

En la novela hay, como ya hemos subrayado, varias muertes físicas. La primera de ellas es la de don Primitivo, tío sacerdote de Rosa y Gertrudis. La muerte de este sacerdote se cuenta en el capítulo V, exactamente «al poco de nacer la niña», segundo hijo de Rosa. Pues bien, lo mismo que Gertrudis «lavó y envolvió en sus pañales», al recién nacido (p. 31), amortaja al tío con esmero y limpieza, como si lo preparase para nacer a otra vida; como si fuese un recién nacido a la muerte:

«A poco de nacer la niña encontraron un día muerto al bueno de don Primitivo. Gertrudis le amortajó después de haberle lavado -quería que fuese limpio a la tumba- con el mismo esmero con que había envuelto en pañales a sus sobrinos recién nacidos», *Ibidem*, p. 35.

La misma idea de la muerte considerada como cuna, es decir, como receptáculo en el que se crece a la vida, aparece con la muerte de Rosa:

«Y Gertrudis, dejando que su hermana se adormeciese en la cuna de una agonía lenta...», *Ibidem*, p. 42⁵⁹.

El alfa y el omega se abrazan en un abrazo eterno, como el instante que muere y el instante que nace ; como dos gemelos que viven abrazados en el vientre maternal sin saber todavía que son. La muerte es como un nuevo estado de gestación de la vida.

«-Sí ; eso es lo perfecto, una parejita de gemelos..., un chico y una chica que han estado abrazaditos cuando no sabían nada del mundo, cuando no sabían ni que existían ; que han estado abrazaditos al calorcito del vientre materno... Algo así debe ser el cielo...», *Ibidem*, p. 111. (Ver *supra*, nota 2).

58 En *Diario íntimo*, Unamuno reflexiona sobre la cuestión de la muerte y la compara con un nacimiento: «¿La muerte es un misterio? También el nacimiento lo es. ¿Cómo de los hombres salen hombres?, p. 26.

59 La concepción filosófica que sustenta todo este pensar de Unamuno la encontramos en el *Diario íntimo*. Aquí, el autor examina el tiempo y ve cómo está construido de una infinidad de muertes, de vidas, de nacimientos de instantes, dando como resultado un continuo vivir muriendo para seguir viviendo (p. 29):

«Vivimos muriendo, a cada momento morimos y renacemos, el fugitivo presente fluye entre la muerte del pasado y el nacimiento del porvenir. Y ese nacimiento es, como el nuestro, peligro de muerte», *op. cit.*, p. 82.

De la misma manera que la fe supera la muerte moral del hombre⁶⁰ razonador que vivió en sueños de renombre y fama, Gertrudis supera la muerte física, como tendremos ocasión de indicar más adelante, con la fe.

Gertrudis es la clave de la respuesta unamuniana sobre la muerte. Con la tía Tula, la duda desaparece y sólo queda una doble certeza. La certeza de que se sigue viviendo en los vivos si hay la herencia espiritual, es decir, si el Hombre ha sabido morir al instinto gracias a la educación transmitida por una madre-abeja; y la certeza de la vida en la otra vida, donde será un ángel y donde no habrá ni fango que salpica, ensucia y ahoga, ni sangre (p. 121). La muerte de Gertrudis es, como la muerte de Manuel Bueno⁶¹, una explicación del sentido de la vida.

Antes de cerrar los ojos al mundo de las sombras, se ha hecho niña⁶², se ha vuelto humilde, ha aceptado la muerte de la mujer instinto, creyendo en la palabra de Cristo que dijo que sólo se entra en el Reino si se vuelve a nacer, (*La tía Tula, op. cit.*, p. 125).

Sí, Gertrudis quiso hacerse niña, como quiso también hacer niño a Ramiro, al bruto que se ocultaba bajo el instinto de él, porque sabía por intuición y por «herencia» espiritual, que sólo los niños pueden vivir eternamente; porque sólo los que han sabido hacer morir el hombre viejo, pueden hacer nacer el hombre nuevo⁶³:

60 «Hay que vivir, se dice, y se dice esto en el peor sentido. Sí, hay que vivir, pero hay que morir también. Y sobre todo hay que vivir muriendo para poder morir viviendo. (...) Vivir en muerte -como ha hecho Gertrudis- he aquí el único modo que (sic) morir en la vida y en la vida eterna», *Diario íntimo*, p. 91.

61 «Por entonces enfermó de muerte y se nos murió nuestra madre, y en sus últimos días todo su hipo era que don Manuel convirtiese a Lázaro, a quien esperaba volver a ver un día en el cielo, en un rincón de las estrellas desde donde viese el lago y la montaña de Valverde de Lucerna. Ella se iba ya a ver a Dios.

-Usted no se va -le decía don Manuel-, usted se queda. Su cuerpo aquí, en esta tierra, y su alma también, en esta casa, viendo y oyendo a sus hijos, aunque éstos ni la vean ni la oigan.

-Pero yo, padre -dijo- voy a ver a Dios.

-Dios, hija mía, está aquí como en todas partes, y le verá usted desde aquí. Y a todos nosotros en El, y a El en nosotros». (...).

-El contento con que tu madre se muere -me dijo- será su eterna vida.

(...). y puestos sus ojos en los de don Manuel, entregó su alma a Dios.

-»¡En tus manos encomiendo mi espíritu!» -rezó el santo varón, *San Manuel Bueno mártir, op. cit.*, p. 39.

62 Es durante los últimos momentos de su vida cuando le pide a Manuelita que le traiga la muñeca que conserva desde su infancia «-Bueno y ahora trae la muñeca que quiero verla. ¡Ah! ¡Y allí, en un rincón de aquella arquita mía que tú sabes..., ahí está la llave... la mía..., la que yo tenía siendo niña..., mi primer cariño...», *op. cit.*, p. 117.

Victor Bergasa

«En la ciudad estaba su convento, su hogar, y en él su celda. Allí adormecía mejor a su cuñado. ¡Oh!, si pudiese decir de él -pensaba- lo que Santa Teresa en una carta -Gertrudis leía mucho a Santa Teresa- decía de su cuñado don Juan de Ovalle, marido de doña Juana de Ahumada, «El es de condición en cosas **muy aññado...**». **¡Cómo le aññaría?**», *La tía Tula*, *op. cit.*, p. 67-68.

Decíamos que la muerte de Gertrudis era la explicación del sentido de la vida. En efecto, no sólo la muerte espiritualizada de Gertrudis la prepara para nacer a la vida eterna de la conciencia personal, sino que es el origen de otra vida espiritual: la de Manolita.

Ahora bien, en contraposición a estas vidas espirituales, la novela tiene la descripción de otros nacimientos terrenales. Cuando esto ocurre, siguiendo la ley del instinto y de la sangre, la muerte de la vida física se cierne, ya sobre las madres, ya sobre los hijos recién nacidos, ya sobre familiares ancianos.

El nacimiento del tercer hijo de Rosa ocasiona, la muerte de la madre:

«De este tercer parto quedó quebrantadísima Rosa (...) es que siento que se me va la vida; he quedado sin sangre...(...) se le ha metido en la cabeza que tiene que morirse... así se morir; (...) no piensa sino en morirse, etc», *Ibidem*, p. 40.

Y el nacimiento del hijo de Manuela, conlleva, su propia muerte:

«Yo, señora, me muero ; no voy a poder resistir esta vez ; este parto me cuesta la vida. Y así fue», *Ibidem*, p. 88-89.

El amor carnal, físico, fisiológico trae, al dar su fruto, la muerte en su mismo embrión. Las madres se van en sangre, se van en vida. Miguel de Unamuno, como ya decía en *El sentimiento trágico de la vida* ⁶⁴, piensa y

63 Esta cuestión está desarrollada detenidamente en el *Diario íntimo* pero también se encuentra en su Correspondencia, por ejemplo en la Carta a D. Salvador Padilla, escrita en 1903: «Llevo mi infancia a flor de alma; sus recuerdos me ungen el corazón y soy de los que creen firmemente que el niño que llevamos todos dentro es el justo que nos justificará algún día», *op. cit.*, p. 133.

64 «Unense para volver con más brío a dividirse. Y todo acto de engendramiento es un dejar de ser, total o parcialmente, lo que será, un partirse, una muerte parcial. (...) Porque lo que perpetúan los amantes sobre la tierra es la carne de dolor, es el dolor, es la muerte», *op. cit.*, p. 128.

repite en actos, en la novela que analizamos, que el amor es «lo más trágico de la vida» (*Ibidem*, p. 127):

De este modo, Unamuno estudia lógicamente los frutos respectivos de los dos engendramientos que son los dos naceres a la vida. Pero con la diferencia esencial que el nacer de la carne engendra vidas de sueño y sufrimiento, y el nacer en el espíritu engendra vidas sin sombra y eternas.

Estudiar la muerte es, como ya anunciábamos, la verdadera explicación de la vida. Explicar la vida y su eternidad fue, de hecho, el objetivo primero de Miguel de Unamuno al bosquejar *La tía Tula*. Su Correspondencia lo atesta sin lugar a dudas.

En una carta dirigida a Andrés Bellogín el 24 de octubre de 1902, M. de Unamuno escribía que la muerte de una hermana con hijos, determinó la vida de la que él llama «la tía»:

«En breve saldrán en un volumen los cinco ensayos..., y trabajo en varias obras... La tía (novela, historia de una joven que por hacer de madre a los hijos **de una difunta** hermana rechaza proposiciones de boda y se queda soltera)...»⁶⁵.

Y cuando escribe a Joan Maragall y le cuenta que está escribiendo una novela, el mismo año de 1902, lo hace insistiendo en el hecho de que la historia de «la tía» se explica por la muerte de su hermana:

«Ahora ando metido en una novela, La tía, historia de una joven que rechazando novios se queda soltera para cuidar a unos sobrinos, hijos de una hermana que **se muere**. Vive con el cuñado, al que rechaza para marido, pues no quiere manchar con el débito conyugal el recinto en que respiran aire de **castidad** sus hijos. **Satisfecho el instinto de maternidad**, ¡por qué ha de perder su virginidad? Es **Virgen madre**. Conozco el caso»⁶⁶.

Gertrudis es pues, un personaje puntal, no sólo porque explica con obras, cómo se debe vivir para conseguir la Vida, sino porque analiza cómo la vida espiritual se perdura en la tierra eternamente, gracias a la herencia, gracias a la «abejidad».

El tema de la muerte abre el primer capítulo y cierra la novela con el último. Pero lo hace de manera paradójica, pedagógica, ¡de boca de los vivos!,

65 Laureano Robles, Miguel de Unamuno, *Epistolario inédito I, 1894-1914*, col. Austral, 1991, p. 117.

66 In Introducción de José-Carlos Mainer a *La tía Tula*, *op. cit.*, p. II.

Victor Bergasa

y de forma optimista, situándose en la perspectiva del espacio y del tiempo juveniles: las juventudes de Rosita, Ramirín y Manuelita. Además, la «herencia» sólo es herencia entre vivos, no entre muertos⁶⁷. Y la herencia perpetúa los muertos en los vivos. Más, los vivos viven de esta herencia y, gracias a ella, los muertos no están realmente muertos.

«Manuela le puso a su hermana la mano sobre el hombro y con una voz que parecía venir del otro mundo, del mundo eterno de la familia inmortal, le dijo... (...).

¡Es la tía, la tía Tula, la que tiene que perdonarnos y unirnos y guiarnos a todos! -concluyó Manuela,», *Ibidem*, p. 130-1.

67 «Queremos a los muertos en los vivos... y a los vivos en los muertos», p. 52.

3. *La muerte: la gran tiniebla*⁶⁸

Podríamos pensar que, puesto que la muerte no es muerte, el paso de una vida a otra vida no es dramático. Sin embargo, hay varios pasajes en la novela, uno relativo a Rosa y otro relativo a Gertrudis en los que se habla de desesperación, ahogo, despellejamiento o terrible combate. En ellos subyace una angustiada y tensa zozobra donde se atisba la duda.

La angustia surge, velada, bajo imágenes que sugieren la ausencia de luz y la irreversibilidad del trance. En imágenes que expresan lo infinito, la ausencia de límites, la eterna oscuridad, la irreversibilidad del viaje, el mar sin orillas. Igualmente, en ese «borde de la eternidad» y en esa «pregunta desesperada», o en esas «miradas de congoja» o en ese «partir para nunca más volver».

«¡Y murió, aunque pareciese mentira, se murió. Vino la tarde terrible del combate último. Allí estuvo Gertrudis, (...) Tendida en el lecho que había sido campo de donde brotaron tres vidas, llegó a faltarle el habla y las fuerzas, y cogida de la mano a la mano de su hombre, del padre de sus hijos, mirándole como el navegante, **al ir a perderse en el mar sin orillas**, mira el lejano promontorio, lengua de la tierra nativa, que va desapareciendo en la lontananza y junto al cielo; en los trances de ahogo **miraban sus ojos, desde el borde de la eternidad**, a los ojos de Ramiro. Y parecía aquella mirada una pregunta desesperada y suprema, como si a punto de partirse para nunca más volver a tierra, preguntase por el oculto sentido de la vida. Aquellas miradas de congoja reposada, de acongojado reposo, decían: «Tu, tú, que eres mi vida; tú, que conmigo has traído al mundo nuevos seres mortales; tú que me has sacado tres vidas; tú, mi hombre, dime: **¡esto, qué es?**» Fue una tarde abismática. En momentos de tregua, teniendo Rosa entre sus manos, húmedas y febriles, las manos temblorosas de Ramiro, clavados en los ojos de éste sus ojos henchidos de cansancio de vida, sonreía tristemente, volviéndolos luego al niño, y alguna vez con un hilito de voz: «¡No, despertarle no! ¡Que duerma, pobrecillo! ¡Que duerma..., que duerma hasta hartarse, que duerma!» Llególe por último el

68 En *Diario íntimo*, p. 41, leemos la misma expresión, en un contexto en el que Unamuno se interroga sobre el infierno y su terror al aniquilamiento, la anulación y la nada más allá de la tumba: «las impenetrables tinieblas de ultratumba para nuestra luz natural, para nuestra razón, deben ser la luz sobrenatural, la verdad de nuestra vida.

Una vida (la del infierno) que es pura tiniebla, y muerte continua y disolución de siempre, siempre, siempre, siempre, siglos y más siglos».

Victor Bergasa

supremo trance, el de tránsito, y fue como si **en el brocal de las eternas tinieblas**, suspendidas sobre el abismo, se aferrara a él, a su hombre» *Ibidem*, p. 48-49.

Miguel de Unamuno vuelve sobre el tema de las tinieblas, en la oración que dirige Gertrudis a la Virgen para obtener la vida de Manolita. La súplica de Gertrudis está henchida de un patetismo profundo. La fe se mezcla con la inquietud y con sus temores inconscientes a la muerte. Temores que supera un poco más adelante, pero que en esos momentos hablan de «cortina de tierra de las tinieblas» (ver *supra* p. 32).

4. La pervivencia de los muertos en los vivos

La acumulación y repetición de la cuestión de la muerte que se estudia desde diferentes ángulos y perspectivas, arroja nuevas luces sobre la perennidad de la vida. La novela, a pesar de sus apariencias, no es una novela sobre la muerte, sino desde la vida, para la vida y sobre la vida, un grito de agonía vitalista, como se exclama Ramiro ante la muerte de su mujer: «¡la mujer no podía morir; Rosa no se había muerto!» (p. 50). La herencia hace revivir a los muertos.

En las primeras páginas de la novela es el narrador, estilo indirecto, quien dice que las dos hermanas eran huérfanas de padre y madre (p. 18), que el linaje venía por vía femenina (p. 19).

Después, es don Primitivo el encargado de hablar de los muertos -¡que Dios tenga en su gloria! (p. 19)-, de evocar sus vidas, su mensaje y su herencia (pp. 18-9). En este contexto, que introduce el discurrir o cavilar sobre la muerte en la novela, Unamuno plantea la cuestión bajo la óptica de la pervivencia de los muertos en los vivos (p. 24). Quiere esto decir, si añadimos que el último capítulo también habla expresa y largamente de la herencia, que la novela es una novela de la herencia vital. Ahora bien, ésta, enseña varias cosas.

Primero, que la herencia es herencia de bienes -las dos hermanas han heredado un pequeño patrimonio-(p. 18). Segundo, que es herencia de carne, de huesos, de sangre, de rasgos de carácter, etc. Tercero, que la herencia es herencia de rasgos sutiles, espirituales e inmateriales capaces de transmitirse y de dar la vida imperecedera, por espirituales.

La herencia fisiológica está marcada por la cruz, por el delito de haber nacido, por el pecado y la culpa, por el amor y el sexo. En este contexto, el

término muerte va unido a transmisión de rasgos de carácter y de personalidad, a fraternidad, en definitiva, a vida corporal, sentimental y anímica.

El otro tipo de herencia, la espiritual, no se transmite, como ya decía Unamuno en *Amor y pedagogía* y como vuelve a repetir aquí, ni por la sangre, ni por el instinto, sino por la mujer-abeja⁶⁹. La mujer⁷⁰ virgen es la encargada, en este caso, de transmitir la herencia espiritual de la familia:

«-Nací con esta gravedad encima, dicen. El tío asegura que la heredé de mi madre, su hermana, y de mi abuela, su madre», *Ibidem*, p. 24.

Además de los dos rasgos apuntados, la herencia encierra un nuevo matiz: la comunión entre los vivos y los muertos de la que ya hablaba también M. de Unamuno, en su *Diario íntimo*⁷¹. Los muertos ayudan a los vivos y viven en comunión con ellos, lo que equivale a decir que los muertos están vivos ; que los desaparecidos viven a través de los vivos al mismo tiempo que siguen viviendo más allá de las orillas de la muerte.

Junto a la vida transmisible e, inherente a ella, la novela insiste en el «recuerdo» o memoria, o rito religioso de la pervivencia en la memoria de los vivos:

«Y a todos había que sacarlos adelante en la vida y educarlos en el culto a sus padres partidos», *Ibidem*, p. 90.

Ramiro acaba de perder a Rosa y, en su soledad, reflexiona a todo lo que su mujer representó para él. Al darse cuenta de que se ha quedado solo y al buscar el calor, la vida y el amor de la ausente se dice que su mujer no ha muerto; que sigue viviendo en su recuerdo. No obstante, a medida que

69 «La mujer es la tradición», in *Amor y pedagogía*, *op. cit.*, p. 73.

70 Ya en *Paz en la guerra*, col. Austral, n° 179, pp. 12-15-16, Josefa Ignacia aparece sumida en sueños, abismada en Dios dada a sus devociones y dispuesta a tener un hijo (Ignacio): «abría mucho los ojos, suspendiendo la labor, al oír hablar de hombres que no creen ni aun en Dios, y volvía a dormitar en su trabajo, murmurando algo entre dientes».

En *Amor y pedagogía* encontramos también ese bajar al sueño de las realidades eternas, en Marina, mujer de Avito, *op. cit.*, p. 42. Marina es la encargada de bautizar al niño a escondidas (p. 43); la encargada de cantarle canciones que vienen de más allá de la vida, -ver *op. cit.*, pp. 46, 55-56; ver la p. 57-58 donde se habla de la educación que da la madre furtivamente y a espaldas del marido (Dios, la Virgen, Cristo, los santos, la gloria, el sueño).

71 *Op. cit.*, p. 47.

avanza en su monólogo, sentimos más que una presencia-ausencia, el deseo hecho dolor. Ramiro termina diciendo que la mujer no puede morir porque ve revolotear el cuerpo tan amado de su Rosa en Gertrudis.

«Pero ¡Murió acaso Rosa? ¡Se murió de veras? ¡Podía haberse muerto viviendo en él, Ramiro? No; en sus noches ahora solitarias, mientras se dormía solo en aquella cama de la muerte y la vida y del amor, sentía a su lado el ritmo de su respiración, su calor tibio, aunque con una congojosa sensación de vacío. Y tendía la mano, recorriendo con ella la otra mitad de la cama, apretándola algunas veces. Y era lo peor que cuando recogíendose se ponía a meditar en ella, no se le ocurrieran sino cosas de libro, cosas de amor de libro y no de cariño de vida, y le escocía que aquel robusto sentimiento, vida de su vida y aire de su espíritu, no se le cuajara más que en abstractas elucubraciones. El dolor se le espiritualizaba, vale decir, que se le intelectualizaba, y sólo cobraba carne, aunque fuera vaporosa, cuando entraba Gertrudis. [...]

No; Rosa, su Rosa, no se había muerto, no era posible que se hubiese muerto; la mujer estaba allí, tan viva como antes y derramando vida entorno; la mujer no podía morir», *Ibidem*, p. 49-50.

Decíamos que sentíamos planear la duda, en los propósitos de Ramiro. En realidad, el párrafo precedente parece ser el eco y la prolongación reflexiva de otro muy similar que hemos encontrado en el *Diario íntimo* donde la duda subsiste⁷², antes de recibir la respuesta definitiva gracias a la fe.

Rosa no podía morir porque seguía viviendo en sus hijos de carne y en su marido Ramiro e incluso en la feminidad de Gertrudis.

Gertrudis no muere, porque sigue viviendo en el espíritu de toda la familia. Entre esos dos momentos, se sitúa el capítulo XXIII con la narración de la muerte de Gertrudis y la afirmación de la vida después de la muerte.

72 «Vive en nosotros el recuerdo de las personas que se nos han muerto; pero al morir nosotros, morirá ese recuerdo? Moriremos nosotros, y quedará nuestro recuerdo en la tierra. ¡Qué es ese recuerdo? Y al morir las personas que guarden piadosa memoria de nosotros, morirá en la tierra nuestro recuerdo.

Dejo un nombre, ¡qué es más que un nombre? ¡Qué será más que los personajes ficticios que he creado en mis invenciones? ¡Qué es hoy, en la tierra, Cervantes más que Don Quijote?», in *Diario íntimo*, p. 26-27.

De hecho, Unamuno no puede resolverse a la desaparición en la nada. El vacío y el absurdo de la vida del hombre son, para él, irracionales⁷³. Por eso, el escritor busca otras soluciones.

5. *La Muerte y la Vida: Supervivencia en la fe*

La primera solución que Unamuno ha dado al problema de la supervivencia a través de la herencia o el recuerdo no le satisface completamente. Tiene miedo de que esa supervivencia sólo sea un espejismo creado por su propia voluntad de sobrevivir. Por eso, encontramos en la novela una frase terrible, que Gertrudis considera como una tentación diabólica, pero que resume la situación de duda mortal a que aludimos. Vete, le dice a Manuelita, la niña, su obra, porque me viene un mal pensamiento, una tentación diabólica:

«El mal pensamiento era que el susurro diabólico allá, en el fondo de las entrañas doloridas con el dolor de la partida, le decía: «¡Muñecos todos!», *Ibidem*, p. 118.

Sí, muñecos todos, le dice la tentación: tanto Cervantes, como Don Quijote; tanto Gertrudis y Rosa, como Unamuno. Y Gertrudis parece saberlo bien ya que, en el momento de la muerte de Ramiro, dejando sin respuesta la cuestión de éste: «A la que me juntaré pronto, ¿no es eso?», ella le responde de manera un tanto evasiva:

«-¡Quién sabe!... Piensa en vivir, en tus hijos...», *Ibidem*, p. 86.

73 «¡Trabajar! ¡Y para qué? ¿Trabajar para más trabajar? Producir para consumir y consumir para producir?, en el vicioso círculo de los jumentos? He aquí el fondo de la cuestión social. Si el género humano es una serie de hombres sin sustancia común permanente, si no hay comunión entre los vivos y los muertos y estos no viven sino en la memoria de aquellos ¿para qué el progreso?», *Diario íntimo*, p. 47.

«Si alguna vez se te ofrece ocasión de contemplar un cadáver pregúntate: qué hay aquí de menos que en un dormido? ¿qué género de sueño es éste?», p. 122.

«Nada se destruye, todo se transforma -dicen a modo de consuelo. La materia está en perpetuo cambio. Y del mismo modo se pierde la materia del espíritu...

¡Triste consuelo! Y mi yo, mi conciencia ¿qué es de ella? ¿qué es de mi no de mi materia? Si yo desaparezco del todo, si desaparece mi conciencia personal, con ella desaparece para mí el mundo», *Diario íntimo, op. cit.*, p. 122-123.

«Esto es insufrible. Ahora me persigue la idea del suicidio (...)

Esta constante preocupación de mi destino de ultratumba, del más allá de la muerte, esta obsesión de la nada mía...», *Ibidem*, p. 124.

Sin embargo, debemos subrayar, que Gertrudis aparta la tentación, se santigua y penetra, con paso firme, en el mundo de la fe donde la duda desaparece. Miguel de Unamuno suprime la duda de dos formas. Con la fe de Gertrudis y con el personaje de Manuelita.

El capítulo XXIV, comienza con unas frases similares a las que el autor ha escrito a propósito de la muerte de Rosa y que hemos transcrito más arriba -»¡Murió la tía Tula? No, sino que comenzó a vivir en la familia...»-. Sin embargo, a pesar de la aparente semejanza y paralelismo, existen varias diferencias notables.

La primera diferencia es que ahora se aplican a Gertrudis y no a Rosa. Segundo, que ya no es Ramiro quien las pronuncia sino el narrador. La narración se decanta, va alcanzando su cúspide narrativa y el narrador-autor, M. de Unamuno, va perdiendo poco a poco las máscaras de sus personajes para quedarse en escena haciendo suya la problemática.

En tercer lugar, las frases vienen después de la tentación diabólica que acabamos de citar. Es decir, que se establece un paralelismo, al mismo tiempo que una oposición, entre el final del capítulo XXII y el comienzo del XXIV. Si en el veintidós existía todavía la tentación, en el veinticuatro la duda desaparece. Y desaparece, justamente, por la herencia espiritual de Tula: Manolita.

«¡Murió la tía Tula? No, sino que empezó a vivir en la familia, e irradiando de ella, con una nueva vida más entrañada y más vivífica, con la vida eterna de la familiaridad inmortal», *Ibidem*, p. 122.

Manuelita, que se quería morir, que se iba muriendo, vive. Y vive con una vida que no es solamente suya. Gertrudis ha ofrecido su muerte, a la Virgen, a cambio de la vida de Manolita. Y el milagro se ha producido. La niña vive con el espíritu de su tía encarnado en su propio espíritu de niña. Así, la muerte da la vida. Y la vida triunfa de la muerte: la vida no muere.

En los últimos capítulos, Gertrudis, con su muerte en la fe, y con la superación de la duda, deja un testimonio que puede servir de meditación y ejemplo, lo mismo que sirvió de ejemplo la muerte del tío Primitivo, o las muertes de la abuela y de la madre de Rosa y Gertrudis. La muerte es un ejemplo de vida que invita a lanzarse a ciegas, en el pozo tenebroso de la

muerte, acompañado de la luz oscura de la fe⁷⁴, haciendo confianza a los muertos-vivos:

«no somos ángeles..., lo seremos en la otra vida..., ¡donde no hay fango ni sangre! Fango hay en el Purgatorio, fango ardiente, que quema y limpia.. (...). Es lo único que os digo, no tengáis miedo a la podredumbre... Rogad por mí, y que la Virgen me perdone», *Ibidem*, p. 121.

Conclusión

Hemos comenzado estas páginas hablando de la vida y terminamos la lectura de la novela evocando la certidumbre de la vida. El rodeo que ha dado el narrador, por los parajes del sueño de la muerte y del sueño de la vida, sólo ha servido para afirmar el deseo y la voluntad de vivir sin sueño, sin niebla, en la clara visión vital. Todos mueren sí, pero todos viven después de la muerte. La muerte-nada no puede explicar a la razón la vida. Sólo la vida explica la vida.

Gertrudis -¡M. de Unamuno ?- no teme demasiado al sueño de la vida. Sabe que de la vida sólo puede salir la vida. En cambio, lo que Gertrudis teme, con verdadero terror es la muerte-nada, porque sólo de la muerte puede salir la muerte⁷⁵.

La personalidad fuerte «mujer severa y grave» (p. 38) de Gertrudis, al mismo tiempo que valoriza, según los deseos expresos de Miguel de Unamuno, las vidas sacrificadas y vocacionales de tantas «tías» que se quedaron de solteronas para vestir santos, traza un camino-respuesta para las inquietudes del hombre con respecto a la muerte: sencillez, abandono, obras buenas, fe.

Miguel de Unamuno ha hecho vivir, en *La tía Tula*, progresiva y metódicamente, hegelianamente, en unos pocos personajes, sus propias

74 «Cada día hago nuevos descubrimientos en la vieja fe. Parece como se extiende la luz de un alba y a su creciente lumbre el campo oscuro, que formaba una pastosa mancha, va cobrando contornos y contenido y figuras y vida. ¡Cuándo saldrá el Sol!», in *Diario íntimo*, *op. cit.*, p. 99.

75 «Lo que más temía era las soledades de su sobrino. La soledad, no siendo a toda luz, la temía. Para ella no había más soledad santa que la del sol y la de la virgen de la Soledad cuando se quedó sin su Hijo el Sol del Espíritu. «Que no se encierre en su cuarto -pensaba-, que no esté nunca, a poder ser solo; hay soledad que es la peor compañía; que no lea mucho, sobre todo, que no lea mucho; y que no esté mirando grabados.» No temía tanto para sus sobrinos, a lo vivo cuanto a lo muerto, a lo pintado. «**La muerte viene por lo muerto**», pensaba», *op. cit.*, p. 104.

Victor Bergasa

inquietudes ya resueltas, sobre la cuestión de ultratumba. Podría decirse que la novela de M. de Unamuno es un razonamiento progresivo y una afirmación apasionada de su fe en la vida. Y, en este sentido, *La tía Tula*, con la afirmación rotunda y repetida de la pervivencia eterna de la vida familiar transmitida por la feminidad abejeil, es una respuesta evidente (p. 130).

La tía Tula, lejos de ser una novela negativa, trágica, como podríamos pensar al cabo de una primera lectura, es un grito vitalista. Sí, vitalista a pesar y por encima de la tragedia aparente de los humanos vivires.

La fuerte y dolorosa personalidad de Gertrudis irradia, mientras vive, vida en su derredor y, después de su muerte, sigue siendo la argamasa que une, guía y perdona⁷⁶. Después de ella, la vida vence la muerte a través del milagro de Manolita que hereda no sólo los ojos, sino el espíritu de Gertrudis y perpetúa así, la tradición espiritual familiar.

Problema de la vida, cuestión angustiosa de la muerte. Sí, todo eso es *La tía Tula*. Todo eso y algo más.

Miguel de Unamuno ha logrado hacer, con Gertrudis, un personaje profundamente femenino, verdaderamente femenino, difícilmente aceptado, quizás, por los feministas. El feminismo de Gertrudis es un feminismo eterno a la inversa del feminismo en boga, a lo Felipe Trigo, por ejemplo. Gertrudis, lejos de ser una solterona amerengada o agriada, o una soltera alegre, como las hay en *Las ingenuas*, es una mujer sólida que acepta su deber, sus deberes, por encima de su sexualidad. Gertrudis es otra Madre Teresa a la que tanto veneraba, otra madre espiritual según lo que el autor dijera muchos años antes:

«Pasan imperios, teorías, doctrinas, glorias, mundos enteros, y quedan en eterna calma la eterna Virginidad y la eterna Maternidad, el misterio de la pureza y el misterio de la fecundidad», in *Diario íntimo*, *op. cit.*, p. 31.

Victor BERGASA
Université de Cergy Pontoise

76 «¡Es la tía, la que tiene que perdonarnos y unirnos y guiarnos a todos! -concluyó Manuela» (es la última frase de la novela), *op. cit.*, p. 131.